

*El culto de la pequeña patria en Italia, entre centralización y nacionalismo. De la época liberal al fascismo **

Stefano Cavazza

Università di Bologna

Resumen: El artículo reconstruye la difusión de un culto a la pequeña patria y al regionalismo en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, trazando sus antecedentes en el siglo xix, interpretándolo no como un sentido innato de identidad local, sino como construcciones sociales, inherentes, por un lado, a la dinámica del propio proceso de construcción nacional en marcha desde la Unificación, y, por otro, a la acción de grupos intelectuales periféricos. El fascismo rechazó toda reivindicación de autonomía y reforzó el centralismo en sentido autoritario. Pero al mismo tiempo se mostró abierto a acoger los temas de la tradición cultural favorable al localismo y —en menor medida— al regionalismo, viendo en la pequeña patria una suerte de puente hacia la nación y la posible matriz de una cultura italiana renovada, y adoptando sus aspectos ideológicos más conservadores. Un vehículo para ello fue el culto al folclore.

Palabras clave: Italia, regionalismo, identidad local, folclore, fascismo.

Abstract: This essay aims at reconstructing the diffusion of the cult to the local Fatherland and regional identity in the aftermath of World War I, by tracing back its precedent developments in the 19th century. That cult is seen as a social construct rather than a relict of local identity previous to modernity, and sees it as a result of the process of nation-building set in motion in Italy since Unification, as well as of the agency of peripheral intellectual élites. Fascism rejected any claim for autonomy, and reinforced State centralism. However, it is argued that the Mussolini regime

* Agradezco a Fulvio Cammarano la lectura y comentarios críticos a una primera versión de este texto. Traducción de Xosé M. Núñez Seixas.

also displayed a positive attitude towards local and regional cultural traditions, and saw in the «local Fatherland» a kind of bridge that enabled the imagination of national identity from the local sphere. Local culture, particularly promoted through the fostering of folklore, was seen in the light of its most traditionalist aspects.

Key words: Italy, regionalism, local identity, folklore, Fascism.

La historiografía italiana ha mantenido durante mucho tiempo una postura crítica hacia la orientación centralista del renacido Estado italiano. Posición que se acompañaba con frecuencia de la convicción de que las propuestas de descentralización que se sucedieron en el curso de la historia de Italia eran la solución a los males y a las deficiencias del Estado unitario¹. Se trataba de una convicción compartida por estudiosos y políticos de diversa orientación, así como por los defensores de la autodenominada «alternativa de las autonomías»². Aunque existían historiadores convencidos de que el proceso de centralización era una elección obligada, prevalecía en general la idea de que el centralismo era la clave de bóveda que permitía interpretar la experiencia histórica italiana, y tal convicción ha permanecido durante un largo periodo como la nota dominante en la mayoría de los estudios, alimentándose también del deseo de reforma en sentido autonomista que estaba presente en algunos sectores de la cultura y la política italiana. En los últimos años, sin embargo, la historiografía ha revisado esta postura, mostrando la mayor complejidad de la relación entre centro y periferia, así como del funcionamiento concreto de las estructuras estatales en el periodo posterior a la unificación. El resultado ha sido la acuñación del así llamado «centralismo débil», basado

¹ ROMANELLI, R.: «Le origini del localismo italiano», *Il Mulino*, 336 (1991), pp. 711-720; MERIGGI, M.: «Nazione, regione, città. Immagini dell'Italia nella storiografía», *Geschichte und Region / Storia e regione*, 2 (1992), pp. 9-16. Sobre la relación entre centralización y autonomía, ROMANELLI, R.: «Centralismo e autonomie», en *id.* (ed.), *Storia dello Stato italiano*, Roma, Donzelli, 1995, pp. 125-186. Sobre localismo y regionalismo, séame permitido remitirme también CAVAZZA, S.: «Le identità culturali regionali nella Storia d'Italia», en CAVAZZA, S., y JOHLER, R. (eds.): *Identità e culture regionali. Germania e Italia a confronto*, monográfico de *Memoria e Ricerca* (1995), pp. 51-71. Sobre la cuestión administrativa la literatura es vasta. Me limito por ello a remitir al lector, además de a los artículos aquí citados en la nota 3, a la reseña de TOSATTI, G.: «Note sulla storiografía amministrativa in Italia», *Le carte e la storia*, VI:1 (2004), pp. 5-17.

² MERIGGI, M.: *Nazione...*, *op. cit.*, p. 10.

en la mediación entre centro y periferia³. Al mismo tiempo, de modo paralelo a lo subrayado para otros países⁴, me parece que se ha comenzado a arrojar luz sobre la existencia de procesos de construcción de la identidad local paralelos y, por así decirlo, integrados en el proceso de construcción del Estado nacional⁵.

Menos problemática aparecería a primera vista la cuestión del regionalismo durante el fascismo. La centralización autoritaria era y sigue siendo un elemento indiscutible de la política fascista de construcción de un estado totalitario, elemento cuya manifestación más evidente fue la abolición del carácter elegible de los cargos y la sustitución del alcalde elegido por sufragio, introducido por la reforma Crispi en 1889, por la potestad fascista de *nomina regia*⁶. Sin embargo, algunos estudios recientes han mostrado cómo, también durante el fascismo, la relación entre centro y periferia, pese a estar marcada por la naturaleza dictatorial del régimen, presentaba elementos de mayor complejidad en dos niveles: el de la dialéctica interna dentro de los grupos de poder fascista y el de la dimensión político-simbólica. La relación entre dimensión local y fascismo aparece, por lo tanto, como un fenómeno más complejo y articulado de lo que parecía a primera vista, mostrando también algunos elementos de continuidad con el último periodo de la Italia liberal. Como veremos en estas páginas, el proceso de construcción de las identidades locales prosiguió con altibajos durante el régimen, imbricándose con el debate en el seno del mismo sobre la naturaleza de la refundación de la cultura italiana por parte del fascismo. La acción del fascismo se insertaba, en

³ MERIGGI, M.: «Tra istituzioni e società: le elites dell'Italia liberale nella storiografia recente», *Le carte e la Storia*, I:2 (1999), pp. 10-23, e *id.* «La questione locale nella storiografia italiana», *Le carte e la storia*, IV:1 (2002), pp. 15-18.

⁴ Sobre los resultados de las investigaciones en otros países, véanse STORM, E.: «Regionalism in History 1890-1945: the cultural Approach», *European History Quarterly*, XXXIII (2003), pp. 251-265, y APPLGATE, C.: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Sub-National Places in Modern Times», *American Historical Review*, LIX (1999), pp. 1157-1182.

⁵ Para un encuadramiento general y bibliográfico remitimos, además de los textos citados en las notas anteriores, a LEVY, C. (ed.): *Italian Regionalism. History, Identity and Politics*, Oxford, Berg, 1996.

⁶ Una reconstrucción sintética y eficaz, en AQUARONE, A.: *L'organizzazione dello stato totalitario* [1965], Turín, Einaudi, 1974, pp. 82-87, y más recientemente, con un balance historiográfico, PONZIANI, L.: «Fascismo e autonomie locali», en PALLA, M. (ed.): *Lo stato fascista*, Florencia, La Nuova Italia, 2001, pp. 315-355.

resumen, en una dialéctica de larga duración entre la dimensión local y la dimensión nacional, una relación complicada por el hecho de que la primera era a su vez el resultado de la interacción entre la esfera municipal y la esfera regional.

En los orígenes del localismo italiano

«Si queremos llevar a cabo una labor de descentralización eficaz y dar a nuestra patria las instituciones que más le convienen, a mi parecer, es necesario respetar las membranas naturales de Italia. Si quisiésemos crear el artificioso departamento francés, conseguiríamos sólo apagar las fuerzas vivas locales, destruyendo y desplazando sus centros naturales, y alterando el antiguo organismo por el que se mantienen y manifiestan»⁷.

El término «membranas naturales» remite a la idea de agregación de territorios diversos, fundada en la Historia y la Geografía, un concepto recurrente en los partidarios del regionalismo italiano. Una parte de los mismos patriotas del Risorgimento habían basado a menudo sus proyectos de unificación de tipo federal sobre la percepción de la diferencia entre las varias zonas de la península⁸, aun si esos proyectos fueron minoritarios por la ausencia de unanimidad sobre ese punto dentro del movimiento de unificación⁹. Además, una cosa era levantar acta de las diferencias entre las varias partes del país, y otra era sostener que estas diferencias definían entidades homogéneas y claramente reconocibles en 1861, año en el que fue convocado el primer Parlamento de la Italia unida. Por lo demás, los más convencidos partidarios de una solución federal, como Cattaneo, provenían de la región lombarda, donde se habían experimentado formas limitadas de representación de intereses locales con anterioridad a la unificación. Pero esta perspectiva no era aplicable a la Italia meridional, donde faltaba completamente un tejido social favorable al autogobierno de la periferia¹⁰.

⁷ Luigi Farini [1860] citado por DEMARCO, D.: *Per una storia economico-sociale dell'ordinamento regionale italiano: le origini intellettuali dell'at. 117 della costituzione italiana* [1964], ahora en DEMARCO, D.: *Unità e regionalismo nella storia dell'Italia contemporanea*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane 1999, p. 195.

⁸ Sigue siendo válido, en este aspecto, MONTI, A.: *L'idea federalistica nel risorgimento italiano*, Bari, Laterza, 1922.

⁹ ROMANELLI, R.: «Centralismo...», *op. cit.*, p. 126.

¹⁰ *Ibid.*, p. 133.

A pesar de la insistencia sobre el papel de la región, Italia fue y en parte sigue siendo el país de las cien ciudades, es decir, una realidad en la que el municipio ha sido durante mucho tiempo la dimensión territorial más definitoria para la mayoría de los habitantes. El mismo Cattaneo reconoció en 1858 la predominancia de la tradición municipal sobre la regional, cuando sostenía que «en Italia [...] la ciudad formó con su territorio un cuerpo inseparable y en muchas provincias es ésa la única patria que el vulgo conoce y siente», hasta el punto de sostener que la «permanencia del municipio» fue un «hecho fundamental y casi común a todas las historias italianas»¹¹. Esto significaba que la dimensión urbana, con la provincia que rodeaba a la ciudad, prevalecía sobre la regional.

Desde este punto de vista, las regiones en Italia son realidades recientes, también desde una perspectiva identitaria y cultural, y en gran medida son consideradas como una consecuencia de la unificación¹². Fue, pues, la unidad italiana la que creó la cuestión regional, en el momento en el que se fueron definiendo las modalidades de administración del nuevo Estado. La identidad de estas realidades regionales aparecía así en 1861 como una realidad débil, y en todo caso era el reflejo de la lealtad hacia las entidades estatales preexistentes, que no eran identificables con regiones. Todavía en 1925, un partidario de las regiones como Giovanni Crocioni admitía que la realidad regional, para él un producto de la naturaleza y de la historia, era poco conocida por sus habitantes, que con frecuencia no salían de los límites de su propio perímetro¹³. La elección de un modelo centralista basado en la figura del prefecto, trasplantado de la experiencia francesa, y el abandono de la región, entendida por Marco Minghetti como un «consorcio permanente de provincias», reflejaban, por lo tanto, no sólo los temores de la clase dirigente ante una posible disgregación del nuevo Estado¹⁴, sino que también eran una señal de la

¹¹ CATTANEO, C.: *La città considerata come principio ideale della storia d'Italia* [1858] reeditado en ROMAGNOLI, G.; CATTANEO, G., y FERRARI, G.: *Opere*, Milán, Ricciardi 1957, pp. 1000-1001.

¹² Sobre la cuestión de las regiones, véase particularmente GAMBÌ, L.: «Le regioni italiane come problema storico», *Quaderni storici*, 34 (1977), pp. 275 y ss.

¹³ CROCIONI, G.: «Proiezioni luminose e cultura regionale», en *Proiezioni luminose*, IV: 4 (1925).

¹⁴ CAMMARANO, F.: *Storia politica dell'Italia liberale 1861-1901*, Roma-Bari, Laterza 1999, pp. 9-14. Véase también DEMARCO, *Per una storia...*, op. cit., pp. 196-198.

ausencia de una tradición regional lo suficientemente fuerte y definida como para poderse proponer como solución alternativa en la gestión del nuevo Estado, y en condiciones de reemplazar el papel del municipio en la vida política de la península. El mismo Minghetti, pese a declararse convencido de que «históricamente la región tenía tradiciones antiquísimas», la concebía como «un órgano transitorio» cuya finalidad sería el operar «lentamente el tránsito de siete legislaciones y órdenes diversos en cada uno de los diversos estados a una situación de unidad y coordinación»¹⁵. Las mismas elites periféricas que se organizaron en el Parlamento en grupos regionales eran, en realidad, agregados de elites municipales, compuestas por notables en situación de controlar una circunscripción electoral. Los numerosos estudios sobre las elites locales que han aparecido en los últimos años, como los de Gabriella Gribaudo, han confirmado la capacidad de estas elites periféricas para mantener su poder¹⁶. En otras palabras, el centralismo fue débil porque debía mediar con estas elites periféricas, limitando de hecho su acción, mientras la dimensión municipal era más fuerte que la regional.

También los observadores coetáneos eran conscientes de los límites de la actuación del centralismo estatal a la hora de rediseñar las relaciones periféricas de poder, sobre todo cuando dirigían su mirada a las regiones meridionales. En 1875 Leopoldo Franchetti lamentaba la excesiva influencia ejercida por los propietarios agrarios sobre sus propios campesinos, intensificada por el sistema electoral, pues éste confiaba «los intereses locales a la población bienhabiente de cada lugar». Dado que los consejos municipales eran elegidos por «personas que pagan una cierta suma de impuestos en el municipio» y a pesar de que el alcalde era «elegido por el Gobierno» —argumentaba Franchetti—, la elección recaía entre «los miembros del consejo municipal»¹⁷, es decir, entre los miembros de la elite local. Otro famoso panfleto de polémica contra el mal gobierno del nuevo

¹⁵ MINGHETTI, M.: *I partiti politici e la loro ingerenza nell'amministrazione*, Bologna, Zanichelli, 1881, p. 244.

¹⁶ GRIBAUDI, G.: *A Eboli, Il mondo meridionale in cent'anni di trasformazione*, Venecia, Marsilio 1990. Sobre la historiografía de las elites locales, MERIGGI, M.: «Tra istituzioni...», *op. cit.*

¹⁷ FRANCHETTI, L.: *Condizioni economiche ed amministrative delle province napoletane. Abruzzi e Molise - Calabria e Basilicata*, Florencia, Tip. della Gazzetta d'Italia 1875, p. 22.

Estado, publicado en los años ochenta de la mano de Pasquale Turie-
llo, señalaba también entre los males de la Italia unida el persistente
poder de las viejas élites municipales¹⁸. Esta persistencia era, por otro
lado, la consecuencia de las relaciones de fuerza entre centro y peri-
feria que se habían venido configurando tras la unificación. Al no ser
posible la plena introducción de un centralismo a la francesa por la
debilidad del Estado piemontés, era inevitable el tener que mediar
con las élites periféricas, al precio de no poder realizar partes impor-
tantes del propio programa de nacionalización. Raffaele Romanelli
ha descrito de modo magistral la ejecutoria de la clase dirigente libe-
ral como una «capacidad de mando imposible», es decir, la necesidad
de llevar a cabo con instrumentos bien ajenos a la tradición liberal el
proyecto de construir una sociedad liberal en un país en el que no se
daban las precondiciones necesarias para ello¹⁹. En este contexto, el
peso de las élites municipales siguió siendo fuerte, e incluso continuó
siendo la clave de bóveda de un sistema que hacía posible que un sec-
tor administrativo formado en parte en un pequeño Estado, como
había sido el Piemonte, llegase a gobernar a la periferia, sobre todo a
la meridional. La mediación se convirtió, por tanto, en la clave de la
dialéctica centro-periferia, y también por esta razón, superadas las
iniciales desconfianzas postunitarias de una parte de las viejas élites
de los territorios anexionados, fue posible no sólo mantener la inte-
gridad territorial del nuevo Estado, sino también reforzar la lealtad
de las élites periféricas y su identificación con la nueva Italia. Para-
dójicamente, la debilidad del Estado piemontés también hacía difícil
recorrer aquella vía federal propugnada por muchos patriotas del
Risorgimento, y que había sido elegida por la más potente Prusia
como medio para realizar el proyecto de unificación nacional²⁰. Pro-

¹⁸ TURIELLO, P.: *Governo e governati in Italia*, Bologna, Zanichelli, 1882, pp. 17 y ss.

¹⁹ ROMANELLI, R.: *Il comando impossibile: Stato e società nell'Italia liberale*, Bologna, Il Mulino, 1995². Al pedir refuerzos para reestablecer el orden público en el sur tras la unificación, el enviado del Gobierno, conde de San Martino, escribía a Marco Minghetti, a la sazón ministro del interior: «estas provincias por ahora sólo pueden ser goberna-
das por la fuerza, y es con la fuerza que se debe implantar el Reino de la Libertad» (cursi-
vas mías, S. C.) Carta del conde de San Martino a Minghetti, 24 de junio de 1861, Biblioteca dell' Archiginnasio, Fondo Minghetti, cart. 1, f. Vertenza San Martino.

²⁰ Para una discusión más amplia sobre este punto, cf. CAVAZZA, S.: «Identità nazio-
nale e identità locale nella storia italiana: elementi per una riflessione», en SCHWARZE, S.
(ed.): *Siamo una nazione? Nationales Selbstverständnis im aktuellen Diskurs über Sprache, Literatur und Geschichte Italiens*, Tübingen, Staffenburg, 2005 (en prensa).

bablemente, la persistente hegemonía de las clases dirigentes locales haya sido precisamente el factor que contribuye a explicar cómo fue posible que el localismo italiano, tanto en su versión municipal como en la regional, no se tornase en un elemento contrario a la unificación, al menos hasta tiempos recientes, fuera de algunas excepciones que sólo se han manifestado en momentos de crisis o de transición del sistema político italiano, y que remitieron al poco de superarse esas fases de crisis mediante una reordenación de los equilibrios políticos entre centro y periferia. La demanda de descentralización política fue avanzada, a menudo, por las fuerzas de oposición, que después no la traducían en medidas concretas, o sólo lo hacían en una pequeña parte, una vez que accedían al Gobierno²¹. Ello no significa que estuviesen ausentes las tensiones entre las varias áreas territoriales del país, por motivos como la distribución de los recursos públicos o las diferencias socioculturales. La reivindicación de que el Estado interviniese a favor de las regiones meridionales, presente desde las primeras fases del nuevo Estado unitario, es una manifestación más del primer aspecto. Y el prejuicio hacia los originarios del sur de Italia es un testimonio del segundo. En el mismo momento en el que Italia culminaba su unidad, el comisario para las provincias meridionales, en carta a Cavour, equiparaba a los meridionales con africanos y verbalizaba la distancia cultural que sentía respecto a ellos en términos de civilización y barbarie²². Los meridionales, que durante mucho tiempo habían sido definidos genéricamente como napolitanos²³, fueron blanco ahora de estereotipos negativos, a cuya elaboración contribuyeron también algunos estudiosos originarios de esas mismas zonas, como Alfredo Niceforo, que se servían del estereotipo en clave pedagógica para reformar los comportamientos de las poblaciones del sur itálico²⁴.

Al desplazar nuestra mirada al problema de la construcción de las identidades locales, comprobamos que fue precisamente la construc-

²¹ ROMANELLI, R.: «Centralismo...», *op. cit.*, p. 137.

²² Citado por MOE, N.: «Il sud dei piemontesi (1860-61)», *Meridiana*, 15 (1992), p. 86.

²³ «Desgraciadamente, el italiano del Norte y del Centro llamaron napolitanos a todos los habitantes de la Península de Roma para abajo» [LORIA, L.: «L'etnografía come strumento di politica interna e coloniale», *Lares*, I:1 (1912), p. 78].

²⁴ DICKIE, J.: *Darkest Italy. The Nation and stereotypes of the Mezzogiorno, 1861-1900*, Londres, MacMillan 1999. Para un ejemplo de este enfoque, NICEFORO, A.: *Italiani del nord e italiani del sud*, Turín, Bocca, 1901.

ción de un Estado central el factor que redefinió la relación entre centro y periferia, e igualmente que los estereotipos culturales jugaron un papel decisivo en la construcción de las identidades locales, reforzando las de ámbito municipal, pero abriendo también la vía a una redefinición de las identidades regionales²⁵. En el curso de la segunda mitad del siglo XIX y los comienzos del XX se articularon de este modo estereotipos y descripciones de las entidades regionales que contribuyeron a definir identidades homogéneas, al menos en apariencia. Así, la Umbria se tornaba santa y verde²⁶, mientras la Romagna se convertía de hogar de bandidos y habitantes vengativos a tierra de patriotas sanguíneos y generosos²⁷. También contribuyó a la construcción de las identidades culturales locales el redescubrimiento del folclore y las culturas populares que tuvo lugar a fines del XIX, fruto en parte de la búsqueda de lo exótico en la cultura de las clases populares y en parte también del anhelo por conservar los vestigios de un mundo rural que parecía sucumbir a la modernidad²⁸. En particular el desarrollo de las literaturas dialectales, ya presentes en el siglo XIX, sufrió una aceleración con la unificación²⁹, complementándose con el redescubrimiento del amor por lo «popular» a fines de esa centuria y favoreciendo así la proliferación de asociaciones y de poetas en dialecto³⁰. En el momento de la unificación, Italia era un país predominantemente dialectófono³¹. Pero su persistencia como medio de comunicación no era lo que convertía a los dialectos automáticamente en instrumentos literarios. El uso literario de

²⁵ Sobre el concepto de identidad, remito a mi «Territoire et identité. Une perspective italienne», *Études rurales*, 163-164 (2002), pp. 109-131.

²⁶ BRACCO, F., e IRACE, E.: «La cultura umbra tra Otto e Novecento», en COVINO, R., y GALLO, G. (eds.): *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi, La Lombardia*, Turín, Einaudi, 1990, pp. 609-658.

²⁷ BALZANI, R.: *La Romagna*, Bologna, Il Mulino, 2001.

²⁸ El interés por la producción dialectal era un reflejo de la búsqueda de simplicidad y espontaneidad, asociado al sentir del pueblo, en contraste con un arte percibido como artificioso, una contraposición que se remontaba a la distinción romántica entre *Kunstpoesie* y *Naturpoesie* operada por Grimm. Véase en general BAUSINGER, H.: *Formen der Volkspoesie*, Berlín, Schmidt, 1968. Sobre Italia, CINESE, A. M.: *Culture egemoniche e culture subalterne*, Palermo, Flaccovio, 1978⁷.

²⁹ STUSSI, A.: «Lingua, dialetto e letteratura», en *Storia d'Italia*, vol. 1, *I caratteri originali*, Turín, Einaudi, 1975, pp. 719 y ss.

³⁰ FAB., E.: «Bilancio dialettale del friuli», *Ce Fastu?*, 1928, p. 190. En general, BECCARIA, G. L.: «Introduzione», en *id.* (ed.), *Letteratura e dialetto*, Bologna, Zanichelli, 1982, p. 12.

³¹ DE MAURO, T.: *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari, Laterza, 1963, p. 32.

los dialectos era, en pureza, una elección estética, que elevaba a tal condición a un estándar literario *regionalizado*, que subsumía un panorama de variantes lingüísticas bastante más fluido. Si el fenómeno de la interrelación y la contaminación entre estándar cultivado y lengua dialectal ha sido una constante en la historia de la literatura italiana³², como ya observaron algunos autores contemporáneos, el propio hecho de elaborar un canon lingüístico común entre la variedad de hablantes dialectales de una región podía prestar una contribución decisiva a la construcción de un paradigma identitario regional. Al poeta valdostano Cerlogne en el siglo XIX se le reconocía el mérito de haber operado una «difícil selección de vocablos, creando una lengua un poco artificial, menos ruda y *de comprensión más extendida por toda la región*», a partir del «gran número de variedades locales» y las «formas a veces extrañas y muy divergentes» de los dialectos vernáculos locales³³. La construcción de la identidad regional pasaba también, en esencia, por la uniformización de la producción literaria en un dialecto literario común³⁴.

La elaboración de diccionarios dialectales no sólo constituía una recopilación del tesoro de la lengua, sino que también podía cumplir una función normativa. Desde este punto de vista, la construcción de cánones dialectales y la propia producción en dialecto podían ayudar a la construcción de las identidades locales y regionales. Según el primer editorial de la *Rivista di Letteratura Dialettale*, en 1903 no faltaba «ciudad o villorrio que no guardase dentro de sus murallas algún poeta discreto, o algún estudioso asiduo del vernáculo patrio»³⁵. Estas tendencias contribuían en medida significativa a definir las fisonomías de las culturas locales y de las regionales en formación. Sin embargo, aún más importante fue la contribución aportada por los intelectuales provinciales que exploraban el territorio en el que vivían, estudiando su historia, su geografía o su literatura. La proliferación de revistas de alcance regional y local que celebraban la vida pasada y presente de

³² PACCAGNELLA, I.: «Plurilinguismo letterario. Lingue, dialetti, linguaggio», en ASOR ROSSA, A. (dir.): *Letteratura italiana*, vol. II, *Produzione e consumo*, Turín, Einaudi, 1983, pp. 103-167.

³³ RAVELLA, F.: «Un poeta valdostano. L'abate di F.B. Cerlogne», *Rivista di letteratura dialettale*, I (1903), p. 365 (cursiva mía, S. C.).

³⁴ Al friuliano Pietro Zorutti se le atribuía el mérito de haber simplificado y canonizado el dialecto literario (ARBOIT, A.: «Del dialetto friulano e delle sue canzoni spontanee», *Estratto dagli Atti dell'accademia di Udine*, vol. III, *Lettura fatta nell'accademia di udine il 27 Novembre 1874*, p. 6).

³⁵ O. B. [=Orsini BEGANI]: «Ai lettori», *Rivista di letteratura dialettale*, 1903, p. 3.

ciudades y regiones proporcionaba los elementos constitutivos de paradigmas identitarios locales y regionales³⁶.

El desarrollo de esta tendencia se acentuó en los primeros quince años del siglo XX, durante la llamada edad giolittiana (así conocida por el estadista Giovanni Giolitti), para individualizar no sólo y no tanto un periodo de hegemonía política de Giolitti, como sobre todo una nueva fase de reformas sociales y de apertura al movimiento socialista. La hegemonía política ejercida por Giolitti se traducía en un Estado que sabía intervenir en la cuestión social con mecanismos propios de un Estado administrativo, pero cuya perspectiva estaba alejada de la descentralización política. En aquel periodo, el potente resurgimiento de la cuestión meridional como problema de índole nacional no sólo contribuía a reabrir el debate sobre la descentralización, sino que volvía a dar espacio a la revalorización de la dimensión local y, en particular, de la dimensión regional. Paradójicamente, tal redescubrimiento encontraba alimento en el florecer de revistas de carácter local, muchas de las cuales eran expresión de un clima cultural hostil a Giolitti y a su política. Una de las revistas literarias y políticas más importantes de este periodo, *La Voce*, sintetizó lo que estaba sucediendo en la *provincia*, llamando a la necesidad de promover un nuevo regionalismo capaz de renovar la cultura nacional, extrayendo su inspiración de fuentes locales. Giuseppe Prezzolini, fundador de *La Voce*, acogió positivamente el desarrollo de estudios locales, porque «tantas historias locales, concebidas eso sí sin espíritu de campanario» podrían ser un antídoto frente al «centralismo que es nocivo para el espíritu y para la gestión diaria»³⁷. En las páginas de la misma revista, Augusto Monti comentó de modo favorable el surgimiento de un nuevo regionalismo que ya no era peligroso para la unidad nacional. Pues no se hablaba ahora de un «retorno al antiguo regionalismo anterior y opuesto a la unificación», sino de un neo-regionalismo que era «parte esencial e integral» del nacionalismo: «la región que deja de existir solamente como región, para comenzar a vivir también y sobre todo como elemento de la nación»³⁸.

³⁶ Remito a mi *Piccole patrie. Feste popolari tra regione e nazione durante il fascismo*, Bologna, Il Mulino, 2003², cap. I.

³⁷ G. Pr. [Giovanni PREZZOLINI]: «Storie Locali», *La Voce*, V:24 (12 de junio de 1913), p. 1097.

³⁸ MONTI, A.: «Neoregionalismo e scuola di cultura», *La Voce*, 28 de mayo de 1914, p. 30.

El paradigma regionalista y localista estaba, pues, en plena sintonía con el amor a la nación, tanto entre quienes escribían en estas revistas como entre quienes las leían. Un lector de la *Illustrazione ossolana*, por ejemplo, vindicaba con ocasión del nacimiento del periódico la «importancia que la revista adquiere por el nombre de su pequeña patria frente a la cultura nacional»³⁹. En 1911 las celebraciones del cincuentenario de la unificación reservaron también cierto espacio a una muestra etnográfica que debía mostrar los vestigios de las culturas tradicionales vinculadas a la dimensión local. Promovía la exposición, sobre todo, el etnógrafo Lamberto Loria, partidario de aplicar los estudios etnográficos en Italia en la convicción de que era necesario conocer usos y costumbres de los «connacionales unidos políticamente bajo un único gobierno, pero no en la sangre, fundidos o simplemente mezcladas mil herencias distintas»⁴⁰. En la exposición se incluyó también un «foro de las regiones», proyectado por el diputado Ferdinando Martini, en el que las varias zonas del país debían mostrar sus testimonios históricos y etnográficos gracias a la ayuda de comités regionales constituidos a instancias del propio Giolitti⁴¹.

La atención a la dimensión regional de aquellos años encontró también quien la teorizase. En 1914 Giovanni Crocioni dio a la imprenta una obra que propugnaba la necesidad de revalorizar la cultura regional, la reexhumación de fiestas y la propagación de museos locales, insistiendo en el valor de la cultura regional para el fin buscado, que no era otro que reforzar la identidad nacional. En la óptica de Crocioni, la cultura regional debía jugar el papel de puente hacia la cultura nacional. Retomando la opinión pedagógica que consideraba que el dialecto era útil para la enseñanza de la lengua, como instrumento de aproximación de los escolares hacia la lengua nacional, Crocioni ampliaba esta función pedagógica a la región en su conjunto⁴². Así, la escuela debía convertirse en el lugar de transmisión de la cultura regional, conjuntamente con los museos y las fiestas populares. El propósito que animaba a Crocioni era, por lo tanto, fuertemente patriótico y unitario. Como para todos los defensores de ten-

³⁹ «Adesioni all'illustrazione ossolana», *Illustrazione ossolana*, a. I (1910), núm. 2.

⁴⁰ Lamberto Loria, citado por PUCCINI, S.: *L'Italia gente dalle molte vite. Lamberto Loria e la Mostra di Etnografia italiana del 1911*, Roma, Meltemi 2005, p. 27.

⁴¹ PUCCINI, S.: *L'Italia gente...*, op. cit., p. 112. Remitimos a esta obra para un análisis detallado de la puesta a punto de la muestra.

⁴² CROCIONI, G.: *Le regioni e la cultura nazionale*, Catania, Battiato, 1914.

dencias regionalistas de aquellos años, nación y región no eran términos antitéticos, sino complementarios, dos declinaciones del mismo amor a la patria:

«Reevocando las tradiciones y restaurando la civilización de las regiones, nos proponemos conservar sus elementos buenos, fundirlos conjuntamente, con el objetivo de reforzar y hacer cada vez más grande la nueva, única y verdadera civilización nacional»⁴³.

Fascismo, cultura regional, folclore

Giovanni Crocioni era partidario de un estrecho vínculo entre nación y región, y durante la Primera Guerra Mundial fue solidario con el esfuerzo bélico, al igual que la gran mayoría de los intelectuales de matriz liberal y democrática. También el poeta en dialecto Spallici —promotor en el periodo de anteguerra de la revista *Il Plaustro* y, tras 1918, de la más afortunada revista de cultura regional y folclore *La Piè*— fue ardiente intervencionista de matriz democrático-republicana⁴⁴. En síntesis, por efecto de la Gran Guerra la comunión entre regionalismo cultural y patriotismo sólo podía reforzarse. El interés por las culturas locales tuvo continuidad también tras el conflicto, si bien los mismos contemporáneos percibieron claramente cuáles fueron los efectos nacionalizadores de la guerra: «La trinchera ha destruido el campanario», escribía Silvio Crepaldi, presidente de la Asociación Nacional de los Dialectos y el Folclore, añadiendo, sin embargo, a continuación que «un poquito de esta tradición de siglos ha permanecido en el ánimo de cada uno de nosotros»⁴⁵.

También dentro del fascismo la cultura local pareció encontrar un espacio propio. El debate abierto en la década de 1920 acerca del arte y la cultura de la nueva Italia fascista también incluyó la defensa por parte de algunos grupos intelectuales de las virtudes de la cultura *paesana*. Relacionada a menudo con la polémica desatada contra los cir-

⁴³ *Ibid.*, p. 57.

⁴⁴ Véase sobre este aspecto mi artículo «Il regionalismo in una transizione di regime: “La Piè” e l’identità culturale romagnola», *Memoria e Ricerca*, diciembre de 1998, pp. 77-99.

⁴⁵ Carta de Silvio Crepaldi a Oreste Trebbi, 10 de septiembre de 1928, Biblioteca dell’ Archiginnasio Bologna, Fondo Trebbi, cart. I, f. 12.

cuitos intelectuales de las grandes áreas urbanas, particularmente Roma y Milán, la revalorización de lo local dentro del fascismo encontró una expresión a su medida en la revista *Il selvaggio*. Los *salvajes* (*selvaggi*), como eran conocidos los promotores de esta revista, exaltaban el *strapaese* (el ultracampo) contra la *stracittà* (la ultraciudad), proponiendo un modelo cultural para la nación basado en la dimensión local, y opuesto a las tendencias internacionales y europeístas de la cultura urbana⁴⁶. Vinculados al fascismo intransigente y animados por un espíritu iconoclasta, los *salvajes* formaban parte de una tendencia que revalorizaba la esfera local con finalidades y contenidos diversos, pero que en buena medida era componente integral de la cultura filofascista⁴⁷.

El fascismo, en una primera fase, absorbió las tendencias preexistentes interesadas en hacer compatibles el amor de la pequeña patria y el amor por la patria grande, mediante la utilización del interés por la dimensión local como medio de reforzar la identidad nacional. Ello no significaba aceptar un planteamiento regionalista en clave política. En un discurso pronunciado en Roma, el diputado fascista Giacomo Acerbo subrayaba que el fascismo era contrario a la constitución de la región administrativa, invocando el viejo argumento del potencial peligro para la unidad de la patria que tal medida implicaría, pero sostenía también que el aumento de la distancia entre la cabecera regional y los intereses locales la acción del Estado se haría menos incisiva⁴⁸. Era una elección ya evidente a favor de un modelo municipal, que, por un lado, resultaba de más fácil control por parte del centro, y, por el otro, favorecía la instauración de una relación entre elites locales y fascismo en la medida en que las primeras se adherían al régimen, mientras debilitaba la posibilidad de que surgiesen elites regionales internas dentro del régimen. Aun así, y aunque esta elección política ya era clara desde las primeras fases del periodo fascista, la

⁴⁶ Sobre Strapaese, MANGONI, L.: *L'interventismo della cultura*, Roma-Bari, Laterza, 1974. Sobre las interrelaciones entre el debate cultural y el regionalismo véase CAVAZZA: *Piccole patrie...*, *op. cit.*, pp. 59 y ss.

⁴⁷ Por ejemplo, sostuvieron abiertamente la importancia de la región la folclorista Amy Bernardy, formada políticamente en el movimiento nacionalista y después próxima al fascismo, según la cual «uno de los más interesantes fenómenos de la vitalidad italiana reforzada por el fascismo [era] el renacimiento regional» (BERNARDY, A.: *Rinascita regionale*, Roma, 1930); o el literato Vittorio Cian, sostenedor de la hipótesis de una gran Romagna (CIAN, V.: *L'ora della Romagna*, Bologna, Zanichelli, 1928).

⁴⁸ PONZIANI, L.: «Fascismo e autonomie...», *op. cit.*, p. 345.

región como entidad cultural no desaparecía en la perspectiva delineada por Acerbo, que recuperaba, por el contrario, sus valores culturales y etnográficos⁴⁹. En cierta medida se puede afirmar que el fascismo fue receptivo a las indicaciones sobre el valor de la cultura regional formuladas por Crocioni, si bien desligándolas de las intenciones de su teorizador⁵⁰. Era también una demostración del espacio reservado a la región y al dialecto por parte de la reforma educativa del ministro Gentile, reforma en cuya redacción había contribuido de modo no secundario el director general de Instrucción Pública Lombardo Radice, uno de los teóricos del uso del dialecto como medio de aproximar al niño a la lengua nacional. La reforma preveía también la elaboración de almanaques regionales que instruyesen a los alumnos sobre la historia y el folclore de la propia región de origen⁵¹.

Sin embargo, el interés por la esfera local seguía formulándose, a menudo, en clave municipal. En 1924 el asesor del ayuntamiento de Bolonia, Colucci, aseguraba que «en la parte dedicada a la crónica de la ciudad», la revista de la institución debía «mantener vivo entre la ciudadanía el culto y el amor a las cosas de la ciudad, tocando recuerdos históricos, biográficos y literarios, ilustrando rarezas, obras de arte y antigüedades», en la convicción de que «la vida boloñesa del pasado se refleje como en un espejo al lado de la vida de hoy»⁵². La atención por la dimensión local se articulaba, por tanto, con intensidades y modos diversos en la esfera municipal y en la regional. A este proceso de construcción de la identidad local contribuía igualmente la reexhumación de fiestas y tradiciones populares. Se trataba de un fenómeno que ganaba impulso en el seno de los grupos intelectuales de provincia, deseosos de exaltar las glorias locales, pero también de contribuir al desarrollo del turismo local. En 1921, un intelectual de las Marcas proponía «llamar de nuevo a la vida [...] ciertas usanzas

⁴⁹ *Ibid.*, p. 346.

⁵⁰ Aunque la relación entre el régimen y Crocioni requeriría ulteriores investigaciones, varios estudiosos han subrayado la marginalización de Crocioni durante el ventenio fascista (DIONISOTTI, C.: *Giovani Crocioni*, Reggio Emilia, 1970, p. 15).

⁵¹ CAVAZZA, S.: *Piccole patrie...*, *op. cit.*, pp. 49-54. Sobre el uso de los dialectos y la política lingüística del fascismo véase KLEIN, G.: *La politica linguistica del fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 1986. El almanaque regional no tuvo, por lo demás, vida fácil (GALFRÉ, M.: *Il regime degli editori. Libri, scuola, fascismo*, Roma-Bari, Laterza, 2005, pp. 22 y 105-106).

⁵² Carta de Colucci a Oreste Trebbi, 4 de enero de 1924, Biblioteca dell' Archiginnasio Bologna, Fondo Trebbi, cart. V, f. 7.

geniales y las bellas fiestas históricas» que guardaban «un eco, un palpito de los siglos que fueron» y en las que se revelaba «el así llamado color local»⁵³. Existía, por lo tanto, una convergencia entre intereses turísticos e identitarios que impulsaba la reinención de las fiestas populares. Desde la década de 1920 el turismo italiano intentó basarse en lo pintoresco y lo típico para atraer el flujo de forasteros. Así, el turista que se acercase a Ciociaria, una zona en el interior del Lazio, podría encontrar mujeres ataviadas con vestidos tradicionales que el organismo estatal para el turismo presentaba como una señal de cómo el tiempo se había detenido en esa zona⁵⁴.

En algunas regiones, la promoción de una imagen pintoresca fue particularmente intensa. En el caso de la Toscana, el esfuerzo de promover el turismo podía vincularse a una tradición que se remontaba al *grand tour*, pero que ahora buscaba ofrecer una imagen redonda de las ciudades artísticas, en las que el turista, que ya no sólo era de elite, se podía sumergir en un clima medieval, sentirse parte de ellas. La Toscana fue de las primeras a la hora de reexhumar las fiestas de corte medieval y renacentista, como el Torneo del Saracino de Arezzo o el Calcio florentino, que se asociaban de modo ideal con los momentos de esplendor en el pasado de aquellas ciudades y permitían ofrecer un fulgor particular, plenamente integrado en el modelo de ciudad de arte que se presentaba a ojos del turista. El punto de referencia para este género de reexhumaciones, que fueron realizadas en varias zonas de la península itálica, era Siena con su Palio, modelo de plena integración entre fiesta y cultura ciudadana⁵⁵. El turista captaba así «el elemento característico», aunque le quedase prohibida a los ojos de los cultivadores del folclore local, «el alma popular»⁵⁶. La interrelación entre valorización del turismo y construcción identitaria configuraba un proceso de reinención de las tradiciones populares que los folcloristas alemanes habían denominado *Folklorismus*, término usado para distinguir el folclore inventado del auténticamente genuino⁵⁷.

⁵³ BRANCA, G.: «Luigi Mannocchi e il “folklore” marchigiano», *Picenum*, XVIII (1921), p. 58.

⁵⁴ Por ejemplo, ENIT, *La Ciociaria*, Roma, 1923.

⁵⁵ Para este tema, remitimos a CAVAZA, S.: *Piccole patrie...*, op. cit., cap. III, en particular sobre el modelo de Siena (pp. 187-198) y las reinenciones de fiestas (pp. 98-207).

⁵⁶ MANGANO, L.: «Feste tradizionali e folklore messinese», *Sicilia*, 1931, p. 2.

⁵⁷ Sobre el folclorismo, MOSER, H.: «Von Folklorismus unserer Zeit», *Zeitschrift für Volkskunde*, LVIII (1962), pp. 177-209.

Se trataba de una tendencia que no era sólo italiana y que era anterior al régimen. Pero que disfrutó de un amplio espacio bajo el fascismo. El conjunto de las tradiciones populares fue absorbido rápidamente dentro de los programas de entretenimiento organizados por la *Opera Nazionale Dopolavoro* (OND), la institución fascista encargada de la planificación del ocio y tiempo libre⁵⁸. Todas las manifestaciones folclóricas acabaron por ser organizadas por la OND, que acentuó la burocratización y uniformización de las coreografías y de los modelos organizativos. Los diversos estudiosos también fueron cooptados en el seno de la OND, pasando a jugar el papel de expertos en los procesos de reinención⁵⁹.

Región y poesía dialectal durante el fascismo

Durante el fascismo, y hasta principios de los años treinta, los dialectos tuvieron un espacio no sólo en la escuela, sino también en la producción dirigida al público, muchas veces en forma de obras de poetas profesionales que procuraban interpretar el alma de las comunidades locales. Se era poeta dialectal, sostenía Raffa Garzia, «cuando el poeta de arte hace suya el alma de la comunidad en la cual o para la cual canta»⁶⁰. En consecuencia, la literatura dialectal fue a menudo un producto culto, de autores pertenecientes a la pequeña y media burguesía, y como género literario era disfrutada, en parte, por un público del mismo nivel social. Ello no excluye, sin embargo, que la lira dialectal llegase también a estratos sociales más bajos, como productores y como destinatarios. No eran literatos profesionales los animadores de la revista humorística en dialecto *Sborbottu di Terni*, del mismo modo que entre sus lectores también los había de estratos sociales subalternos⁶¹, y que las composiciones improvisadas en octavas rimadas realizadas durante el ventenio, que a menudo versaban

⁵⁸ Sobre la OND, DE GRAZIA, V.: *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1981.

⁵⁹ CAVAZZA, S.: *Piccole patrie...*, op. cit., pp. 101-107.

⁶⁰ R. GARZIA, recensión de SIMONE, V. DE: *Bellatosa terra amorosa*, en *Rivista italiana di Letteratura dialettale*, II:1 (1930), p. 49.

⁶¹ CAVAZZA, S.: «Lokale Identität und die Erfindung von Tradition: Das Maisingen von Terni/Italien», *Österreichische Zeitschrift für Volkskunde*, XLVII:3 (1994), pp. 425-452.

sobre temas políticos, eran testimonio de una práctica difundida entre aquellos sectores sociales⁶².

Por otro lado, el dialecto también funcionaba como instrumento de educación popular a través de otras formas de comunicación, como el teatro con libretos de Barbarani o de Martoglio, o la canción popular, y no faltaba quien destacaba sus potencialidades pedagógicas, identificando en los dialectos una posible «arma de batalla contra el mal, si quien la empuña sabe usarla bien para destacar la comunidad de relaciones en la colectividad y ennoblecer el ánimo del individuo»⁶³. Sin embargo, el vehículo más eficaz del verso dialectal seguía siendo la canción. El éxito de esta forma de espectáculo indujo al régimen a intentar que cundiese en todas partes el ejemplo de la famosa fiesta napolitana de Piedigrotta, una manifestación en cuyo centro estaba la música popular. El concurso de canto se convirtió en un elemento recurrente del modelo de fiesta propuesta por el *Dopolavoro*. A menudo, las competiciones eran acompañadas o seguidas por una competición entre carros alegóricos, otras veces se intentaba separar las dos manifestaciones. El modelo cantor de Piedigrotta hizo escuela. Basándose en este molde festivo, el *Dopolavoro* intentó estimular el surgimiento de tradiciones de canto local. En 1926 fue ideada en Bolonia una fiesta de la canción, repetida al año siguiente con notable éxito⁶⁴. En los casos en los que no existía una tradición de canto autóctono era necesario «inventarla», y la elección del modelo de referencia recaía en general en Piedigrotta, privilegiando eso sí y en cierto modo, como en Bolonia, el género cómico respecto al sentimental, típico de las manifestaciones cantoras napolitanas⁶⁵.

Es evidente que la proliferación de estas iniciativas tenía efectos sobre el plano de la percepción de los destinatarios, favoreciendo el reforzamiento de la sensación de formar parte de una cultura común y compartida; a pesar de que, dado que la ciudad era el contenedor más apropiado para estas manifestaciones, el efecto identitario hacía sentir sus efectos sobre todo en el ámbito urbano. Identidad municipi-

⁶² RICCI, A.: «Detto e taciuto. Le ottave di consenso contadino al regime fascista», *La ricerca folklorica*, 1984, pp. 121-124.

⁶³ RILLOSI, A.: «La rinascenza della poesia vernacola. Pompeo Calvo e la poesia sarda», *Rivista di letteratura dialettale*, 1903, p. 7.

⁶⁴ CAVARA, O.: «La Piedigrotta di Bologna», *Il Corriere della Sera*, 13 de diciembre de 1927.

⁶⁵ «Le canzoni bolognesi al corso», *Il Resto del Carlino*, 8 de enero de 1927.

pal e identidad regional, por lo tanto, se complementaban bajo la cornisa de la nación. Por esta razón, la actividad dialectal fue una parte importante en el empleo de la cultura local, tanto municipal como regional, por parte del régimen.

Defendían igualmente el uso del dialecto los simpatizantes del régimen reclutados entre los sectores intelectuales deseosos de reconocimiento de su papel e identificados en buena medida con la cultura campesina [*paesana*]. En 1927 nació la *Associazione dei poeti dialettali italiani*, para «recoger en un solo haz a todos los que, en los dialectos italianos, expresan la renovada y perenne energía vital de la raza»⁶⁶, reuniendo en su seno a exponentes de primer nivel del fascismo como Emilio Bodrero, los ministros Fedele y Federzoni, folcloristas como Raffaele Corso y Giuseppe Cocchiara, al lado de numerosos poetas dialectales como el boloñés Testoni o el napolitano Di Giacomo⁶⁷.

La OND también otorgó a la actividad en dialecto un lugar de primer plano, no sólo a través de los certámenes de canciones, sino también mediante la creación de grupos corales y teatrales en dialecto. Estamos hablando de fenómenos que preexistían al advenimiento del fascismo, y que el *Dopolavoro* absorbió progresivamente dentro de su organización para después difundirlos en todas las provincias según las modalidades previstas por tal organismo. Se podrían citar muchos ejemplos: la absorción también afectó a la muy activa compañía dialectal de la *Società Filologica Friulana*, nacida en 1920⁶⁸, o a la «piedigrotta del Abruzzo» de Ortona, nacida en el mismo año, pero transformada en 1928 en *Maggiolata Abruzzese*⁶⁹. La OND organizaba grupos corales con un repertorio mixto, y otros con un repertorio exclusivamente dialectal. A este último grupo pertenecían los cantores romañolos, cuyo embrión se había formado antes de 1914 alrededor de la revista *Plaustro*, como grupo de obreros de Forlì dirigidos por el maestro Cesare Martuzzi que interpretaban conciertos para interpretar el «alma romañola» y que durante la posguerra se multiplicaron por toda la región⁷⁰. Su repertorio comprendía fragmentos

⁶⁶ Cfr. *Giornale di Politica e di Letteratura*, III:2-3 (1927), p. 169.

⁶⁷ Cfr. *Giornale di Politica e di Letteratura*, III:7 (1927), p. 560.

⁶⁸ «L'attività della compagnia Dialettale Udinese della società Filologica Friulana», *Ce Fastu?*, III (septiembre-octubre de 1927), p. 13.

⁶⁹ *X Maggiolata abruzzese*, Ortona a mare, 26 de mayo de 1929.

⁷⁰ En 1922 surgió el grupo de Lugo, y al año siguiente los de Faenza e Imola. Véa-

musicados con textos escritos por poetas locales, de los que el más importante era sin duda Aldo Spallicci, un personaje desafecto políticamente al régimen, pero bastante apreciado como poeta dialectal. Los cantores de Lugo, pertenecientes a la OND y dirigidos por Francesco Balilla-Pratella, habían celebrado en 1928 nada menos que 174 veladas⁷¹. En 1929 se formó otro grupo en San Pietro in Vincoli, también compuesto por «modestos obreros y campesinos auténticos, dirigidos por el farmacéutico del lugar, ignorantes todos ellos de las más elementales nociones musicales», que se ufanaban de contar en su repertorio con canciones de claro sabor patriótico como *La Canta del fante* y *La Canta d'Africa*, inspirada de las hazañas de Dogali⁷². También en otras zonas se registraban fenómenos similares, como los cantores del Etna, que a menudo también encontraban, bajo el signo del tipismo, una caja de resonancia en los nacientes medios de comunicación de masas como la radio y el cine⁷³.

Con todo, si el esfuerzo por resucitar tradiciones de canto dialectal encajaba en las iniciativas de ámbito general promovidas por el folclorismo fascista para utilizar el sentimiento local en beneficio de la formación del consenso social, y se orientaba a difundir valores sanos y contrapuestos a los de la modernidad urbana, el resultado quedaba con frecuencia lejos de los deseos, del mismo modo que ocurría con la invención de costumbres de corte folclorístico. Por un lado, eran continuos los lamentos sobre la persistente crisis de inspiración del canto popular, atribuida a veces a la artificiosidad de fiestas de la canción faltas de tradición⁷⁴. Por otro lado, el dialecto sufría la doble competencia de los modelos extranjeros y de la canción en lengua ita-

se. BALILLA-PRATELLA, F.: «I Canterini romagnoli», *La Piè*, IV:2 (1923), p. 27, y «Notiziario», *La Piè*, III (1923), p. 211.

⁷¹ OND: *Dopolavoro provinciale di Ravenna, Il dopolavoro istituzione fascista. I congresso provinciale del Dopolavoro di Ravenna 21 Aprile 1929*, Rávena, 1929, pp. 92-93.

⁷² Carta de Cairolí a Mussolini, 21 de abril de 1934, Archivio centrale dello Stato, Segreteria Particolare del Duce, Carteggio Ordinario, f. 9.341.

⁷³ «Tripudio di canti e di primavera al teatro Greco di Taormina», *Sicilia*, 1931, p. 5.

⁷⁴ La mayor parte de los 159 trabajos presentados en 1930 al certamen de la canción de la romana Fiesta de Noantri resultó estar «lejana del concepto que informa este certamen» («Creazione festa di Noantri», *Il Giornale d'Italia*, 10 de julio de 1930). Y ninguna de las obras presentadas a la fiesta de la canción siciliana de 1930 podía ser considerada «verdadera y clásica canción siciliana» («Festa della canzone siciliana», *Lu Marranzanu*, III:2, 10 de enero de 1930).

liana⁷⁵. En 1926 la mayoría de los textos presentados al certamen de Piedigrotta estaba en italiano, señal de que la canción italiana estaba adquiriendo la primacía sobre la canción en dialecto⁷⁶. Durante el ventenio se reforzó de hecho una producción comercial de tipo industrial, que, particularmente tras el giro antidialectal, halló el apoyo de la prensa fascista, según la cual la «cancioncilla» no podía ser ya la de «los bisabuelos cuando la “ventana lucía”» en la época «de la luz eléctrica»⁷⁷. La poesía dialectal tampoco parecía gozar de mejor salud. Un certamen anunciado en 1927 por el *Giornale di Politica e Letteratura* había reunido composiciones «privadas de inspiración o construidas en frío, con comportamientos conscientes de ingenuidad populachera» y con resultados decepcionantes «por defecto de espíritu o por exhibición de pésimo gusto»⁷⁸. Según el ya citado Garzia, la mayor parte de la producción consistía en «ripios desacompasados y vulgares»⁷⁹. No hay que olvidar que la difusión por parte del *Dopolavoro* de la producción dialectal entraba también en conflicto con las exigencias de los profesionales. Si el ejercicio de una actividad paralela era considerada, en general, como una contribución a la «redención» de la alienación del sistema de fábrica⁸⁰, por otro lado no dejaba de suscitar preocupación entre los profesionales: «animémoslos [...] sólo hasta cierto punto —sostenía un intelectual filofascista como Forges Davanzati—. Tenemos ya mucha gente que escribe»⁸¹.

⁷⁵ *Piedigrotta e la canzone*, 9 de septiembre de 1925.

⁷⁶ «La canzone di Napoli», *Il Corriere della Sera*, 18 de agosto de 1926.

⁷⁷ «Canzonette e romanze», *La provincia di Bolzano*, 12 de junio de 1935.

⁷⁸ «Esito di un concorso di poesia dialettale», *Giornale di Politica e di Letteratura*, III:2-3 (1927), p. 165.

⁷⁹ GARZIA, R.: «Di poesie e poeti dialettali», *Rivista italiana di letteratura dialettale*, II:2 (1926), p. 4. A fines de los años treinta, un estudioso alemán también puso de relieve el declive cualitativo de este sector: «Hoy la poesía dialectal es privada de su nervio vital. Tras el cumplimiento de su misión, qué le espera en el período del realismo naturalista. Ha caído al nivel de una inocua actividad de campanario» [ELWERT, W. Th.: *La poesia dialettale d'arte in Italia e la sua relazione con la letteratura in lingua colta* (1939), Roma, Biblioteca Nazionale Centrale di Roma, 2000, p. 47].

⁸⁰ «Es éste un contraste [entre profesión y actividad de tiempo libre] de gran utilidad: espiritual y material [...] [que] provoca el enamoramiento con la propia profesión, en la medida en que alejándose materialmente por un breve tiempo de ella no se despegan nunca absolutamente de ella» (FRAMA [=M. FRANCHINI], «Pensieri di Margherita Sarfatti sull'esposizione», *La Provincia di Bolzano*, 21 de mayo de 1930.

⁸¹ «A pochi giorni dalla Esposizione Dopolavoristica», *La Provincia di Bolzano*, 24 de mayo de 1930.

En la poesía dialectal también había existido una veta política, en parte patriótica y nacionalista, en parte filosocialista. Obviamente, los promotores filofascistas del dialecto, pese a admitir que no era infrecuente que «bajo el velamen de los extraños versos rugía el grito de protesta del Trabajo contra el Capital», atribuían a la «armónica colaboración» entre trabajo y capital realizada por el régimen el haber impulsado a la «musa popular» a transformar en «lirismo aquello que antes dramatizaba insultando»⁸². El mismo fascismo se convirtió en objeto de composiciones populares, aunque sólo poco a poco. Si en 1923 sólo una canción de Piedigrotta citaba a Mussolini⁸³, en los años sucesivos el acercamiento entre fascismo y canción dialectal hizo progresos, y ya seis años después estaban presentes canciones inspiradas «en motivos que exaltan nuevas conquistas civiles y estéticas» del fascismo napolitano⁸⁴. En la Piedigrotta «renovada por el fascismo» durante la segunda mitad de los años treinta la política adquirió más relevancia, mientras lengua nacional y dialecto se equiparaban⁸⁵. La revista italiana de literatura dialectal, dirigida por Filippo Fichera, anunció en 1929 un concurso de composiciones en dialecto cuyo tema era el fascismo,⁸⁶ promoviendo también un censo de la producción filofascista⁸⁷, en cuyo seno se reservaba naturalmente un lugar preeminente a Mussolini⁸⁸.

Con todo, aunque tolerase estas tendencias en los años veinte, el líder fascista permaneció distante de ellas, y a comienzos de los años treinta se tornó en promotor de un giro antidialectal y antirregional-

⁸² FICHERA, F.: «Poesia dialettale ciociara», *Rivista italiana di letteratura dialettale*, I:2-3 (1929).

⁸³ «Allegretto napoletano», *Il Corriere della Sera*, 27 de septiembre de 1923.

⁸⁴ SERAO, E.: «Piedigrotta giammai muore», *Le due Sicilie*, VI:10 (1928).

⁸⁵ De las 77 canciones editadas por dos importantes editores (Mario y Bideri), sólo siete composiciones eran de carácter político, seis de las cuales publicadas por el primero.

⁸⁶ Cfr. *Rivista italiana di letteratura dialettale*, I:1, 1929, p. 43.

⁸⁷ FICHERA, F.: «Il Duce e il fascismo nei canti dialettali», *Rivista italiana di letteratura dialettale*, II:1, 1930, pp. 5-28.

⁸⁸ En 1926 el órgano del Partido Nacional Fascista, *Popolo d'Italia*, había acogido una composición en dialecto dedicada a Mussolini, obra del presidente de la *Associazione Nazionale Dialetti e Folklore* de Milán, Silvio Crepaldi (IL FROMBOLIERE: «Tiro a segno», *Il Popolo d'Italia*, 5 de mayo de 1926). En el transcurso del ventenio hubo también autores de extracción social más modesta que exaltaron las realizaciones del régimen (FICHERA, F.: *Il Duce il fascismo nei canti dialettali d'Italia*, Milán 1937², particularmente pp. 107 y 198).

lista. Tras la instrucción de precisas directrices por parte del Subsecretariado de Prensa y Propaganda que prohibían cualquier guiño al regionalismo en la prensa⁸⁹, en 1932 Mussolini en persona pidió al ministro de Educación Nacional, Ercole, que barriese los dialectos del sistema escolar, desencadenando de hecho una campaña antirregionalista⁹⁰. La revista de literatura dialectal de Fichera fue obligada a cambiar su nombre⁹¹. Sin embargo, ello no impidió la prosecución de sus actividades. Tras una desafortunada edición en 1934 de las composiciones dialectales dedicadas a Mussolini⁹², en 1937 la obra fue publicada de nuevo en versión ampliada y con una introducción del académico italiano Filippo Tommaso Marinetti⁹³. La vía para salvar el dialecto consistía ahora en destacar su valor histórico y los elementos de continuidad con el pasado. Y el interés por la cultura regional se mantenía en cuanto testimonio de ese pasado. En realidad, la campaña antidialectal fue menos incisiva de lo que se podía esperar, dado que en un país dialectófono no se podía eliminar completamente el uso de los lenguajes vernáculos⁹⁴. El mismo discurso vale para la

⁸⁹ CANNISTRARO, Ph.: *La fabbrica del consenso. Fascismo e Mass Media*, Roma-Bari, Laterza, 1975, p. 422.

⁹⁰ COVERI, L.: «Mussolini e il dialetto. Notizie sulla campagna antidialectale del fascismo», *Movimento operaio e socialista*, VII (1984), pp. 191 y ss. Véase igualmente otros artículos de este número monográfico sobre la política lingüística del fascismo. Sobre las razones del cambio de política, véase también mi *Piccole patrie...*, *op. cit.*, pp. 126-128.

⁹¹ «He estado tan angustiado por la lucha antidialectal y tan amargado (piensa que recibí una carta del jefe de la Oficina de Prensa del jefe del Gobierno que me decía que “la publicación no es considerada oportuna porque la propaganda en favor de la poesía dialectal es perjudicial para el desarrollo del sentimiento nacional y tiende a reconducir a Italia a las ya superadas concepciones regionalistas”) [...]. Pero me ha sido posible imprimir la revista con el nuevo título de “Revista italiana de literatura popular” y espero así no tener más problemas» (Carta de Filippo Fichera, a Oreste Trebbi, 3 de julio de 1933, en Fondo Trebbi, Biblioteca dell'Archiginnasio Bologna, cart. IV, f. 8).

⁹² «En aquel entonces [1934] no se le pidió a nadie apoyo alguno para que un libro tan singular pudiese ser impreso al menos en un número de ejemplares suficiente para darlo a conocer» (PICCININI, P.: «Come si originò questo libro», en FICHERA, F.: *Il Duce e il fascismo nei canti dialettali d'Italia*, Milán, Convivio Letterario, 1937, p. VI).

⁹³ FICHERA, F.: *Il Duce...*, *op. cit.*

⁹⁴ FORESTI, F.: «Proposte interpretative e di ricerca su lingua e fascismo: “la politica linguistica”», en VVAA.: *La lingua italiana e il fascismo*, núm. 42, Bolonia, Consorcio Provinciale per la Pubblica Lettura, 1976, p. 140.

cultura regional. A finales de los años treinta se registró un renacimiento de publicaciones de carácter declaradamente regional, aun sin que se levantase el ostracismo declarado al regionalismo de viejo cuño. Al publicar una obra dedicada a la región de las Marcas, el editor quería «recordar [...] a los italianos que las Marcas, olvidadas demasiado a menudo o no bien conocidas, no desmerecen de sus regiones hermanas»⁹⁵. En la segunda mitad de la década de 1930, el fascismo se había orientado hacia una política exterior cada vez más agresiva, y esto parecía haber vuelto a dar cierto espacio al regionalismo y al localismo, en la tentativa de reforzar la cohesión del conjunto nacional.

Conclusiones

El fascismo llevó a cabo un proyecto de nacionalización totalitaria de los italianos en el que el amor por la pequeña patria ocupó un lugar destacado. Esto fue así por varias razones. Las culturas locales y regionales, precisamente por ser expresión de la tradición, eran consideradas un vehículo portador de valores más sanos que los encarnados por la modernidad, y, por lo tanto, fueron útiles para sostener la difusión de los valores del régimen. El uso del localismo poseía también, además, una evidente utilidad turística, en la medida en que ayudaba a forjar una imagen típica del territorio que favorecía el aflujo de forasteros. Por estas razones, el régimen trató también de poner en marcha una racionalización de la oferta turística y una uniformización de las manifestaciones mediante la aplicación de modelos y fórmulas que habían demostrado su éxito. En otro nivel, la apelación a la dimensión local también estaba integrada en la trama del proyecto de nacionalización, en el sentido de que en la historia italiana las dimensiones municipal, regional y nacional aparecían como variables entrecruzadas en el proceso de construcción de la identidad italiana y, por tanto, el uso del localismo podía servir para reforzar el sentimiento de cohesión de los italianos.

Los límites de este proyecto radicaban, por un lado, en el grado de compatibilidad de una Italia *paesana* con un proyecto de nación con veleidades imperialistas: ¿cómo se podíaregonar que los miembros

⁹⁵ MANGINI, A. (ed.): *Cronache marchigiane*, Rimini, Garattini, 1938, p. 3.

de una nación que reclamaba su «lugar al sol» siguiesen hablando cotidianamente en dialecto? Por otro lado, el localismo consentido por el régimen perseguía la perpetuación de valores sanos y tradicionales, pero haciéndolo según modalidades impuestas desde arriba que al final no pudieron evitar el convertirse en artificios burocráticos y en una mera homologación, por ejemplo, de modelos festivos. Además, el redescubrimiento de las culturas locales y del folclore en sus principales manifestaciones encontraba otro límite. La exigencia de brindar al turista una imagen impecable desde el punto de vista coreográfico se oponía a la espontaneidad de los participantes, y así se puso de manifiesto, por ejemplo, a la hora de organizar manifestaciones externas que fuesen capaces de apasionar a espectadores y participantes. Por ello, la competición fue introducida de modo masivo en las iniciativas del *Dopolavoro*, en detrimento a menudo del rigor filológico allí donde se reexhumaban fiestas que habían tenido algún antecedente histórico al que poder referirse. En el plano cultural más general no se registró una victoria de la corriente *paesana* en la refundación de la cultura nacional. Tal vez porque el régimen no pretendía otorgar la victoria a ninguna de las facciones en disputa durante los años veinte. O tal vez porque al optar en los años treinta por una cultura basada en la apelación masiva a la latinidad y al monumentalismo, el localismo sólo podía ocupar ahí un papel subordinado, como signo de la continuidad de las tradiciones que se remontaban a la Roma imperial.